



DIANA

Laura López Altares

A quemarropa o nada. Esa frase era su único credo; su Dios, Richard "Iceman" Kuklinski -el asesino a sueldo más prolífico de la Historia-. Tenía una espalda preciosa (incluso a pesar de esa cicatriz que la atravesaba a la altura del hombro izquierdo) y tiraba a matar. Cuando su bello cadáver llenó de sangre oscura y caliente el suelo del Mercado de San Blas de Logroño no le importó a nadie; pero si ella pudiera haber elegido un lugar en el que morir, habría sido justo ese. Así que podía permitirse sonreír desde el Infierno, un poquito al menos...
¿Sigo en el mercado? Sus arcos y columnas. El olor a fruta y verdura. Sí, aquí estoy, ¿viva?, ¿lo he

estado alguna vez? Oigo voces a lo lejos. Y huele a sangre. Mi sangre. Casi puedo masticarla. La conozco. Una vieja amiga. La sangre no parece tan roja sobre este suelo. Mi corazón palpita como si quisiera saltar del pecho. La adrenalina. La puta adrenalina.

La irresoluble batalla entre azar y determinismo tenía un único vencedor en la vida de Diana: el determinismo había ganado esa partida hacía demasiado tiempo. Una vida atrás, para ser exactos. Su madre murió cuando tenía tres años, aunque no por ello había olvidado su pelo negro y esas manos inquietas que le enseñaron el mundo. Su padre le regaló un inmenso viñedo, una pasión patológica por el cine negro, una desconcertante puntería y una cicatriz

inmortal. Fuego amigo, lo llaman, el mismo que veintiocho años después acabaría con ella.

Me han disparado, joder. Es obvio. Otra vez. ¿Quién coño ha tenido el valor? Mamá, me habría gustado mucho conocerte. Tanto. Quién sabe, tal vez así habría sido humana desde el principio. Huele a pimientos asados. Y a sangre. Te veo en la cocina, sonrías y no paras de moverte. Aquí os conocisteis papá y tú. Sobre este mismo suelo. También era octubre. Me contó esa historia mil veces. Te escribió una poesía esa misma noche. Qué bien escribía. Pero qué mierda de genes. Y los tuyos, mamá. Los míos. Octubre, el mes perfecto para la caza; el mes perfecto para morir. De aquella batida recordaba el salvaje silencio y el profundo aroma a hierba fresca. También el dolor sordo y metálico de una bala atravesando para siempre su hombro izquierdo y su sangre corriendo sobre la hierba. Ese día aprendió que la sangre le fascinaba de un modo inexplicable, y que tenía una capacidad sobrehumana para soportar cualquier dolor. Puede que haya perdido medio litro. Vamos, Diana, haz un perfil. Siempre se te dio bien. Instinto animal, decía papá. ¿Saldré de esta? Tú elegiste mi nombre, mamá. Echabas tanto de menos Madrid. Tus clases de Arte y Mitología. Te equivocaste en lo de virgen.

La pequeña Diana cazadora había nacido el 11 de agosto, justo el día en el que se adoraba a la Diosa Diana en la Antigua Roma. Su padre la armó con arco y flechas nada más nacer (al igual que hizo Júpiter con su pequeña Diana), y también la nombró reina de los bosques. Tal vez por eso dolió tanto perderlo, aunque ya no fuera una niña. Un golpe seco y brutal en el pecho que la convirtió en la mujer de hielo. Cómo si no iba a despedirse de los paseos por los viñedos y el Mercado de San Blas; del “chiquiteo” en la calle Laurel y de tantas noches de vino y películas de los 40 y 50. Uno no puede decir adiós a la persona más importante de su vida; uno se va con ella.

Los champiñones del Soriano. Las mollejas del Sebas. Y el vino. Cuánto vino. Dios mío, creo que todavía no te he perdonado que te murieras.

Y Diana se fue de Logroño sin mirar atrás, sin despedirse de nadie; sin mirar por última vez

sus adoradas viñas. Se convirtió en una criminóloga brillante con licencia de armas e incapaz de experimentar sentimiento humano alguno: ni miedo, ni odio, ni alegría, ni esperanza. Se sabía deseada por muchos hombres que no le importaban absolutamente nada; una suerte de Brigid O’Shaughnessy -protagonista de “El Halcón Maltés”- que tras esa ambición desmedida ocultaba una verdad insoportable: su incapacidad para sentir.

“La mujer fatal es como la mansión de Jean Simmons en ‘Cara de Ángel’: una bonita fachada con un precipicio detrás”. Me gustan los precipicios. Y los whiskies raros.

Su padre siempre decía que el cine negro era un género de pasiones más que de persecuciones, y no podía evitar preguntarse qué pensaría él viendo la mujer en la que se había convertido. Astuta y despiadada; la cazadora imbatible. Tan cegada por el deseo de sentir que había olvidado una de las primeras reglas del film noir: las mujeres fatales tampoco ganan. Jamás.

¿Ray?, ¿Noriega?, ¿quién coño ha tenido el valor? Otra maldita cicatriz en el hombro. Si es que llega a cicatriz.

Al igual que ocurría en las películas que tanto adoraba, la femme fatale de nuestra historia se adentró en el oscuro mundo de la delincuencia a alto nivel, donde encontró un campo de acción en el que desplegar sus poderosas armas. Empezando por su revólver. Es imposible saber si a sus incontables presas (ya fueran reales o metafóricas) les fascinaba más su puntería o su sonrisa retorcida. Para ella, caminar al filo de la navaja era la única forma de sentirse viva. Había desarrollado una adicción crónica a la adrenalina que se acrecentaba con cada “encargo”; con cada vida que quitaba a cambio de unos cuantos miles de euros. Paradójicamente, se sentía completamente a salvo en su aséptico y frío mundo; aunque anhelaba en secreto que saltara en pedazos.

¿Existirá el Infierno? Si existe te encontraré allí. Eso lo sé bien. Me encanta este mercado. Siempre me encantó.

Entonces llegó octubre, el mes perfecto para la caza; el mes perfecto para morir. Y casi por casualidad conoció al que se convertiría en su tercer disparo. A más de un palmo de distan-

cia (cerca es ya otro verbo) no tenía nada de especial, salvo esa boca. Y la palabra “peligro” escrita en la frente, aunque ella no supo leerla (quién sabe si eso fue precisamente lo que la llevó hasta él). Le pareció tremendamente divertido imaginar cuánto se iba a estrellar aquel pobre insolente. Cómo iba a saber la pequeña Diana cazadora que había encontrado su talón de Aquiles en un simple mortal...

No creas que voy a decir tu nombre. No nombrarte es una forma menos sucia de asesinarte. ¿Olvidarte? No. Tú no tienes huevos para mancharte de sangre. Nunca los tuviste.

Y sin embargo compartían esa sed de conquistar y arrasar con todo; de sentirse vivos a cualquier precio. Su horrible y maravilloso amor a quemarropa duró siete meses y veinticinco días, lo suficiente para que Diana descubriese que no estaba muerta por dentro; sino todo lo contrario. Cuando la angustia por la imposibilidad de un futuro común se hizo insoportable, ella le pidió que desapareciera de su vida; aunque en realidad le estaba pidiendo a gritos que se quedara para siempre. Él acató su orden sin mirar atrás.

Puto cobarde. ¿En serio pensabas que sería tan fácil tener una vida feliz y normal? La gente como nosotros nunca empieza de nuevo, joder. Ni olvida.

Los mordiscos y moratones, últimos vestigios del depredador romance, fueron desapareciendo de la perfecta piel de Diana mientras en ella crecía la convicción de que todo había sido una preciosa mentira. Algunas veces recordaba su penetrante olor, tan similar al suyo

propio, y se permitía el lujo de pensar que tal vez sí había sido real; porque durante un tiempo se sintió terriblemente humana. Y odiaba y amaba esa sensación a partes iguales.

“Como los tiburones, enloquecidos por su propia sangre... masticándose a sí mismos”. “La Dama de Shanghai”, claro. Tu película favorita. “Depredadores de sonrisa amable”.

Entonces recordó lo descuidada que había sido durante aquellos meses, y pensó que el destino inexorable de todo buen villano le estaba acechando de un modo rotundo. ¿Pero y si era la excepción? ¿y si el fatum trágico que acompañaba a las antiheroínas de sus películas favoritas no tenía por qué alcanzarla?

Cuántas veces me lo dijiste, papá. Nunca acababan bien. Siempre es tarde para redimirse. Justicia poética. Jodidamente bien filmada.

Y Diana volvió a Logroño. Vacío una de sus cuentas suizas y regresó a su tierra hambrienta de vino y raíces. Le encantaba ese mercado. Su particular Templo. Su ataúd.

Durante años pensó que no tenía corazón, y resulta que sus paredes musculares eran anormalmente grandes. Miocardiopatía hipertrófica. Una bomba de relojería en su pecho. La misma que mató a su madre tantos otoños atrás. El eco de aquel disparo resonó en sus oídos y le abrió la herida de otro disparo. Mucho más profunda. Diana murió sin saber que el asesino que buscaba era ella misma.

Octubre, el mes perfecto para la caza; el mes perfecto para morir.

Ilustración: Pablo Moncloa

